

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

De la manipulación como virtud. La ¿historia? de Andalucía, según Basilio Martín Patino

Autor/es:

Torreiro, M.

Citar como:

Torreiro, M. (1998). De la manipulación como virtud. La ¿historia? de Andalucía, según Basilio Martín Patino. La madriguera. (10):58-60.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41693>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



De la manipulación como virtud

La ¿historia? de Andalucía, según Basilio Martín Patino

M. Torreiro

Andalucía, un siglo de fascinación, una serie inequívocamente de autor encargada por los responsables de Canal Sur y sólo emitida por la televisión autonómica andaluza –visible también por Canal Satélite–, es sin duda la propuesta más estimulante generada por una cadena hispana, pública o privada, en los últimos años. El encargado de llevarla a buen puerto no es otro que el siempre inquieto y experimental Basilio Martín Patino, que llevaba años trabajando en ese proyecto, finalmente emitido en siete entregas, a lo largo de los tres últimos meses

La cultura popular, los mitos acuñados desde el Sur ibérico, algunos sucesos traumáticos para la memoria colectiva republicana, como los fusilamientos de Casas Viejas en 1933; la poesía andaluza del siglo; pero también el conflicto entre modernidad y tradición, la música, la utopía socialista concretada en falansterios: siete grandes temas a los que Patino se acerca sin apriorismos pero con una voluntad de discurso que convierte a la caja tonta en un deslumbrante, provocador, ejemplar espejo deformante de tópicos y lugares comunes. Y también en el mejor antídoto contra la ingente cantidad de tonterías que normalmente emite la televisión, convertida ella misma por el cineasta, mediante un ejemplar empleo avieso de sus mecanismos de significación, en chivo expiatorio de sus constatables excesos.

El modelo canónico que Patino vuelve a utilizar aquí no es otro que el de su anterior, y espléndido, a fuer de denso, *La seducción del caos*, un programa televisivo sobre las relaciones entre los intelectuales y el poder que TVE emitió en 1992, un poco de tapadillo –no pareció gustar mucho el contenido del producto a las entonces socialistas autoridades de la tele de Estado– y bastante a causa del máximo premio obtenido por el film en el festival de televisión de Cannes. O sea, el empleo de

todas las modalidades de la imagen contemporánea –cine, telecámaras, infografía– al servicio de un producto que emplea el medio para un discurso que actúa como una reconfortante propuesta a la subversión abierta de la mirada. Y como una interrogación, igualmente abierta, al mismísimo discurso histórico.

La TV y la historia

Un siglo de fascinación no tiene un orden cronológico propiamente dicho, no sólo como serie global, sino en el interior de cada uno de sus episodios, llamados "Paraísos" (sobre diversos proyectos de ocupación nacional del territorio, empezando por los falansterios durante el siglo XIX), "El jardín de los poetas" (sobre un siglo de poesía andaluza, con el acento puesto en la "efemeriditis" que a menudo se apodera de los medios de comunicación), "Desde lo más hondo" (dos capítulos, uno dedicado a la primera grabación conocida de un cantante flamenco, el otro, a un museo virtual instalado sobre flamenco abierto en Tokyo), "El grito del sur" (sobre Casas Viejas), "Ojos verdes" (una historia informal de la copla) y *Carmen* (por vía electrónica, en el pabellón de la Expo).

Pero por encima de todo habría que situar la palabra "supuesto": casi nada de lo que se ve en la serie responde estrictamente a lo que se supone que debe, a la Historia con mayúscula. Porque lo que Patino da a ver a su espectador no es otra cosa que una hipótesis, en algunos casos chocantemente provocadora, de historia posible; pero raramente la crónica tal como se lee en los libros de la materia. En este sentido, *Andalucía* es una paradójica, apasionante y a menudo desconcertante narración en la que el documental se diluye detrás de los meandros de una ficción imaginada como provocación: poco importa que Silverio Franconetti, el responsable, allá a mediados del XIX, de sacar el flamenco de los círculos gitanos para convertirlo en espectáculo, además del primer gran formalizador de los palos grandes del arte del cante, jamás haya podido grabar un cilindro

de estaño (!) asistido por un ignoto operador de Thomas A. Edison, tal como propone Patino en la primera parte de *Desde lo más hondo*. Lo que importa es que el artificio, y la conversión de esa voz en un registro por ordenador, coloca en el centro del debate la cuestión de las esencias de un arte que, según algunos, deberá prescindir de la tecnología, mientras que para otros deberá plegarse a las exigencias de los tiempos... un poco como hiciera, en el pasado, el mismísimo Franconetti.

Así procede Patino: situando la controversia en el centro del discurso. De tal forma, la televisión es vapuleada con la excusa de una gala de homenaje a García Lorca, Juan Ramón Jiménez y otros, pertinentemente patrocinada por una popular bebida y a través de un programa que en nada se diferencia de un show de domingo por la tarde, con su tempo incontenible, actuaciones en vivo, sus productores frenéticos y sus presentadores en el borde mismo de la oligofrenia. La copla, por su parte, es vista a partir de la falsa biografía de un aristócrata coleccionista de trajes —un cruce de señorito andaluz y del mismísimo diplomático y cineasta Edgar Neville, no en vano autor de la memorable *Duende y misterio del flamenco*—, y en cuanto a Casas Viejas, la ausencia de material gráfico que permitiese ningún tipo de reconstrucción llevó al director a inventarse un grupo de cineastas soviéticos, autores de una crónica filmada en



riguroso presente y encontrada entre las latas de una supuesta Filmoteca Surrealista cuyo director es... el difunto Ricardo Muñoz Suay, quien efectivamente era, cuando se rodó el programa, el director de la Filmoteca Valenciana.

¿Borges o Jenofonte?

"La televisión va a ser definitivamente la historia", sostiene en el off de *El jardín de los poetas* el director del supuesto programa, trasunto apenas disimulado del propio Basilio Martín Patino. Y coherente con su afirmación, el cineasta se comporta como historiador... a su manera. Porque lo que propone en última instancia *Andalucía, un siglo de fascinación* es una mirada irónica sobre la propia pertinencia del discurso histórico, sobre las herramientas con que cuentan los profesionales que lo practican para poner en pie sus siempre problemáticas, discutibles hipótesis; no hablemos ya de sus conclusiones.

Para alguien que, instalado en el confortable sillón de la sala de estar, se dispone a ver cualquiera de los episodios de la serie de Patino, la sensación de coherencia del discurso se le aparecerá del todo fundamentada: seguramente, le importará mucho más la legibilidad de la narración ficcional que es cualquiera de los programas, que la propia pertinencia de las imágenes en relación con un supuesto referente anterior. Así, si sabemos, como recuerda Félix Grande, que en Tokyo hay más de 50 peñas flamencas, con aplicados nipones

copiando los trinos de Camarón, de Morente, de Mairena ¿por qué no sospechar que pueda existir un museo en el que se guarden para las futuras generaciones, como quería el mismísimo Edison, los registros sonoros de la tía Ana la Pirriñaca, de los Chacón y de tantos otros... aunque se trate de una entera reconstrucción electrónica hecha en Madrid?

Jugando en estos intersticios, en esa tierra de ambigua provisionalidad, Patino construye su metáfora, hija mucho más de la paradoja borgiana que de la aplicada crónica de Jenofonte. Sonos de la banda sonora de *El acorazado Potemkin* se mezclan con falsos ejecutivos japoneses enamorados de Andalucía, improbables falansterios jamás contruidos con trucados montajes televisivos en los que aparecen discutiendo personajes que jamás han coincidido en un mismo plató, filmaciones en las que Ava Gardner saluda, por obra y gracia de la moviola, a Orson Welles o al falso aristócrata coleccionista; una vieja actriz retirada (Raquel Rodrigo, la musa de Benito Perojo en el Berlín de aquellos rodajes hitlerianos que ahora intenta reconstruir Fernando Trueba en su última película) convertida en musa improbable de un personaje inexistente...

Pero por encima de esa sensación de acumulación

de (falsa) información, más allá de ese caótico efecto Internet que parece recorrer el conjunto de la serie, Patino ha logrado algo más elemental, y al tiempo más difícil, que poner en jaque el discurso histórico, aumentar la sensación de desconcierto frente al pasado o reírse a mandíbula batiente de uno de los gremios más peculiares que existen, el de los historiadores: ha logrado construir una hipótesis posible de memoria popular (los datos estrictos de su particular reconstrucción de "lo andaluz" resultan, a la postre, perfectamente pertinentes), en la cual el sentimiento se abre paso a raudales (y es éste un fenómeno extraño para quienes conozcan el cine del salmantino, siempre construido desde la razón y la reflexión) entre las imágenes de la serie, ellas mismas perfectamente reales en cuanto testimonio del trabajo de un equipo de profesionales empeñados en desentrañar viejas polémicas de resbaloso trasfondo. Ahí reside, y no es poco, la fascinación de esta serie, tan irreal como posible, hecha con un espíritu tan descaradamente polémico como irrenunciablemente libre, tan apasionada, en fin, como brillante, tal vez el proyecto más meditado, logrado y vivo de todos los emprendidos por ese cineasta tan personal y a contramano que es Basilio Martín Patino ♦

b o l e t í n d e s u s c r i p c i ó n

<h1 style="writing-mode: vertical-rl; transform: rotate(180deg);">EL VIEJO</h1>	<h1 style="font-size: 2em;">TÓPO</h1>	Deseo suscribirme a El Viejo Topo por un año (<i>doce números</i>) empezando a recibir el número	Nombre
	El importe lo haré efectivo con:	Dirección	
	<input type="checkbox"/> Adjunto cheque bancario.	Población	
	<input type="checkbox"/> Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros sita en España (<i>en este caso rellene el boletín adjunto</i>).	Distrito postal	
	<input type="checkbox"/> Contra reembolso (275 ptas. de gastos de envío).	Provincia	
	<input type="checkbox"/> Por giro postal núm de fecha	Teléfono	
	<input type="checkbox"/> Transferencia bancaria*	Sr. DIRECTOR DEL BANCO O CAJA DE AHORROS	
	<input type="checkbox"/> Tarjeta Visa <input type="checkbox"/> Tarjeta 4B	Domicilio agencia	Oficiaria Clave
	Nº tarjeta Caduca	Población	Provincia
	* Transferencia al banco Solbank Ag. 0013 Of. 0040 Dc. 84 CC. 0110250869	Titular	Número Cta.
Tarifas	Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que en mi nombre le sean presentados para su cobro por El Viejo Topo, S.A.		
Un año (doce números): 6.500 Pts.	(firma)		
Suscripción de apoyo (5 años, 60 números): 30.000 Pts.	Envíenos también este boletín a El Viejo Topo. C/Aragón 259 enlo. 08007 Barcelona. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.		
Extranjero (<i>Correo aéreo</i>): Europa 13.500 Pts. América y resto del mundo 120 \$ USA			